

EL EXTRAORDINARIO ENCANTO DEL PROFESOR SANTIESTEBAN

Por Gloria Córdova Fernández

Recuerdo que aquel año terminaba en el Instituto y por fin me daría clase la mítica Señora Domínguez, profesora que simbolizaba una especie de Edén académico, muy miope, tímida hasta lo enfermizo y que, por granjearse la inmunidad entre los alumnos, aprobaba a todo el mundo al final de curso. Solía entrar en la clase con pasos menudos y rápidos, como si cogiera carrerilla para saltar por la ventana. Debía sentir una enorme congoja cada año, aquella primera clase de la mañana, todo caras nuevas.

En lugar de la pobre mujer y su paso de perdiz, quien entró fue un profesor alto y delgado. Sus pasos, lejos de ser rápidos, eran muy lentos y parecían obedecer a una premeditación. Sin embargo su mano derecha se agitaba levemente, como si algo le produjera una incontrolada impaciencia. Todo el mundo guardó silencio. Nadie conocía al nuevo profesor. Y aquella entrada que se ofrecía a mil especulaciones... nos dejó callados, siguiendo los breves pasos de la puerta al pupitre como si fuéramos espectadores de un juego de magia.

Yo tenía diecisiete. Entonces el Señor Santiesteban me pareció viejo, aunque no lo fuera. Pero su espalda estaba prematuramente curvada. Su rostro pálido daba la impresión de estar extremadamente cansado, y a la vez, poseer una determinación sin límites, como si en él se librara una batalla ajena a los ojos de los demás.

Se sentó y procedió a presentarse, así como a dar una breve perspectiva del curso. Mientras lo hacía tenía las manos cruzadas frente a sí y nos miraba tras sus gafas de fina montura dorada. Hablaba lentamente, vocalizando con cuidado. Sus manos, entrecruzados los dedos, se balanceaban ligeramente, adelante y atrás. El efecto global era que aquel hombre era terrible : seco, severo e impaciente. ¡Nada que ver con la Señora Domínguez, que prometía todo un curso de relajada ausencia, de la clase o incluso dentro de ella! A nadie le gustó el Señor Santiesteban. Sólo yo quise observar para mí, más para mi consuelo que en su defensa, que los ojos que ocultaban esas gafas eran unos preciosos ojos azules, más adecuados para un valiente príncipe de la Edad Media, que para un profesor de mal carácter. Para mí, como para todas las chicas de

mi edad, tener los ojos azules lo perdonaba casi todo, era como tener alas de arcángel, una Gracia, visto desde mis mediterráneos ojos castaños y mi trasnochado romanticismo.

Nos fastidió el día. Después de comprender toda la suerte de calamidades que puede traer un profesor severo enseñando Historia Contemporánea, ni el guapísimo profesor de Gimnasia, ni la divertida clase de Pintura, pudo enderezar nuestro ánimo ceniciento.

La siguiente clase de Historia fue dos días después. El profesor entró como siempre, con el paso más lento de lo normal, agitando, sin embargo, su mano. Depositó su carpeta sobre el pupitre y apoyado un segundo en él, respiró profundamente, como si después fuera a levantar la vista y a hacernos volar a todos atravesando la pared del fondo con un bramido. Pero no hizo eso. Se sentó, se quitó las gafas, cerró los ojos y comenzó la clase. Entonces, aunque sus gafas temblaban en su mano, adquirió un aura de serenidad, como si estuviera dirigiendo una orquesta en su imaginación. Las imágenes de aquellos primeros temas tomaban cuerpo en su voz, dedicada a cada palabra con esmero de orfebre.

No fuimos pocos los que nos dimos cuenta sólo cuando él abrió los ojos, de repente, un segundo antes que sonara la sirena anunciando el final de la clase, que no habíamos tomado apuntes. Que nos quedamos hipnotizados por aquellas gafas ondeando en el aire y el sonido pausado que dibujaba fechas, calles embarradas, caballos, burgueses y revolucionarios.

Así continuamos todo el curso. Que le perdiéramos el miedo no significó que le perdiéramos el respeto. Aquel hombre nos fascinaba, aunque nos avergonzara decirlo. Nos desconcertaba aquella súbita incapacidad de poder tomar apuntes que aquejábamos; nos sorprendía que los “malos” de la clase no aprovecharan el sentarse al final para armar jaleo y que escucharan embobados, con las bocas semiabiertas; nos turbaba, -en fin-, descubrirnos a nosotros mismos más allá de la atención, participando con sobresaltos, suspiros, temores, el desarrollo de historias

pretéritas que influyeron en nuestras vidas, como si de pasar hojas a un antiguo álbum de fotos familiares se tratara.

Suponía que lo que le ocurría dentro del Profesor era reflejo de alguna enfermedad, sí. Pero yo no sabía que era Parkinson. De hecho fue años más tarde, cuando viendo a Henry Fonda en El Estanque Dorado, caí en la cuenta y el señor Santiesteban vino a mi memoria. De todas formas dejó de importarme, o mejor, dejó de distraerme el hecho de que padeciese una enfermedad, para centrarme en aquel poder para contar las cosas y aquel espíritu imbatible que cambiaba el mundo, a su manera, desde el pupitre de un instituto público.

El curso terminaba y no sólo acababan las clases de Historia Contemporánea. También tenía que decidirme por una carrera y no sabía cuál hacer. En casa yo sería la primera universitaria, así que me sentía muy presionada y poco ayudada. “Haz lo que quieras, lo que quieras” solía decir mi padre, como si el haber llegado hasta las puertas de la universidad significara la omnisciencia.

Me matriculé, como todos podían prever, en Historia. Y aunque aguanté un año entero, pronto comprendí que no era en las aulas de la Facultad donde estaba la pasión que me andaba llamando. No había relatos apasionantes, sólo clases, la suerte de ellas que pudiera encontrarse en cualquier sitio, alumnos que cogían apuntes, libros llenos de fechas que no transmitían nada más. No dejé de estudiar, de hecho aprobé todas las asignaturas, que estudiaba contándome a mí misma los temas, después de leerlos, con los ojos cerrados y balanceando el lápiz, como si fuera mi antiguo profesor. Pero para mí fue una gran decepción. Así que antes que terminara el curso, ya estaba matriculándome en otros estudios.

Esta vez me decidí por Enfermería. Pasé el verano leyendo novelas, despreocupada ya por la Historia y acudiendo a otras historias que encendían mi entusiasmo. Hemminway, Kafka, Delibes, Agatha Christie... Me daban las tantas, entre corazones de manzana y ceniceros llenos de cáscaras de pipas y me levantaba deseando poderme poner de nuevo a leer, mientras en casa

veían con preocupación lo que les parecía que era la primera crisis de su hasta entonces equilibrada y buena chica.

También la Enfermería me aburrí. Puse mucha atención en lo de la parálisis agitante o enfermedad de Parkinson. Y no me dijo nada de lo que yo quería saber. Pensé que a lo mejor debía hacer un curso de adaptación para poder ir a Medicina. Pero no estaba segura de encontrar entre los recuentos de síntomas y malestares lo que el Profesor Santiesteban me había contagiado. Tampoco estaba en aquellas aulas el espíritu que yo necesitaba.

Cambié de rumbo. Mi padre se decidió a hablarme : “Hija, ya sé que te dije que estudiaras lo que quisieras. ¡Pero me refería a una sola cosa!” Intenté explicarle que, ya que me daba esa posibilidad, quería estudiar realmente lo que me hiciera feliz. Y que andaba persiguiendo algo, que no sabía bien qué era, de acuerdo, pero que no se encontraba en los textos planos de Historia o Enfermería. Me miró con tristeza, “eso lo entiendo bien...”, me dijo. Y tuve la certeza de que lo entendía y el temor de que supiera que mi búsqueda era inútil.

Me matriculé en Magisterio y decidí que terminaría los estudios, porque no iba a buscar en ellos lo que ya empezaba a vislumbrar, no se encontraba verdaderamente en los libros. En cambio, aquel verano me ofrecí como voluntaria en la parroquia y pasé el verano leyendo a ancianos, guisando para ellos, limpiándoles las babas, dándoles las medicinas. Aprendí mucho esta vez, sobre la diferencia entre perder la esperanza y no perder el coraje. Entre los pobres viejos tampoco estaba lo que el Profesor Santiesteban me había insuflado, pero estaba cerca. Dejaba que me contaran sus vidas y me sentía transportada en el tiempo, me empapaba de sentimientos que aún yo no había sentido jamás, adivinaba el susurro metálico de lo que se avecina sin que puedas detenerlo, del dejar de ser lo que eras.

Alguno de “mis” ancianos se valían muy mal, pero eran bravos, gruñones e insolentes, incapaces de asumir los pasos lentos de quien rondaba sus noches. Eran mis preferidos, los que rabiaban, se enfadaban porque no les entendía bien o no leía lo suficientemente alto, los que se rebelaban.

Las historias de novela empezaron a mezclarse con las de las personas. Me convertí en una cotilla profesional. Me sentaba a charlar con los niños de los parques, con las señoras que iban al mercado, con los ancianos en la cola del banco. Y luego recordaba las historias, con los ojos cerrados, balanceando algo en mi mano, no sé, un lápiz, un cordón de zapato. Acunaba historias, como había visto acunarlas al Profesor Santiesteban. Su enfermedad había dejado de serlo para hacerle un prestidigitador, para darle más carácter y una herramienta para sugerir belleza.

Una vez le vi. Yo entraba en el hospital a hacerme unas pruebas y él salía con su mujer. Como una niña pequeña, me puse de un salto frente a ellos y le dije “¡Profesor!”. Estaba más calvo, parecía aún más cansado y más enfermo, pero sus brillantes ojos azules sonrieron al saludarme. “Mónica, de la clase del 67”. ¡Como si me hubieran condecorado, me sentí!

“¿Se acuerda ? ¿se acuerda de mí?”, le pregunté tan emocionada como alegre.

Su mujer sonreía, orgullosa. Parecía que él hubiera dado la respuesta acertada en un concurso. “Soy profesor de Historia : yo no me olvido de los personajes ni de las fechas”. Y los tres reímos la ocurrencia.

Como teníamos prisa les emplacé a otro día. Y como tantas veces, el día no llegó. Pero no perdí su pista esta vez. Casualmente descubrí que hacía colaboraciones con una revista cultural y me suscribí.

Durante años he leído cada artículo y lo he rememorado después en su acento, en su expresión, con los ojos cerrados, balanceando mi mano, orquestando las palabras y sus sentidos.

He llegado a escribir muchísimas historias, que previamente elaboro con la particular forma que me enseñó el profesor Santiesteban. Todo lo que escribo se lo dedico a él. "A mi viejo profesor, el Señor Santiesteban, maestro de todas las historias, historia de todas las palabras, arte en la vida : Mónica, de la clase del 67".